Entrevista exclusiva para "ESPAÑA"

Por Jacinto López Gorgé

Leopoldo de Luis acaba de publicar una antología de la «Poesía Social»

«La poesía social es una conciencia puesta en pie»

«El poeta cumple un deber moral al no ser cómplice tácito de la injusticia»

«Se puede escribir poesía social desde cualquier ideología que condene la explotación del hombre por el hombre»

Leopoldo de Luis

LA publicación del libro "Poesía Social", primera de las cuatro antologías sobre "Poesía Española Contemporánea" (1939-1964) que proyecta Ediciones Alfaguara, ha puesto en candelero otra vez el tan debatido tema de la poesía llamada social, uno de cuyos primeros promotores —el vasco Gabriel Celaya— habló para ESPAÑA no hace mucho. Autor de esa primera antología es el también poeta y crítico literario Leopoldo de Luis. Sobre poesía española contemporánea, y concretamente sobre poesía social, son muy pocos los que saben tanto como este Leopoldo de Luis a quien quisiera hacer hablar largamente. No sé si lo conseguiré, pero yo voy a intentarlo.

—En un tiempo como el nuestro —le digo—, un tiempo definido o amparado bajo el signo de lo social, ¿consideras que la poesía más representativa ha de ser social necesariamente?

—El poeta cumple siempre una misión social, hasta el que se considera más solitario. Su obra, en potencia, va proyectada a otros hombres. Testimonia su tiempo siempre, también. Y es producto de unas estructuras sociales y económicas que condicionan el mundo en que vive y en el que, a su vez, puede influir, ayudando a transformarle. La llamada poesía social es, a mi juicio, la que, además de todo eso, escoge como tema la protesta ante situaciones en que se encuentran determinadas clases sociales.

—¿Y en qué se diferencia de la poesía política y de otras poesías más o menos paralelas dirigidas también a auditorios mayoritarios?

—A auditorios mayoritarios va dirigida siempre toda la poesía, pese a cualquier dedicatoria, porque, como escribió Vicente Aleixandre, toda poesía es multitudinaria en potencia, o no es. Ahora bien, como te decía antes, la poesía social, que es poéticamente tan legítima como la religiosa o la amorosa, pongo por caso, parte de un sentimiento de solidaridad, de rebeldía, de protesta. El poeta toma conciencia de unas realidades injustas y su voz expresa tales sentimientos, ni más ni menos que la voz del poeta religioso expresa un sentimiento de reverencia a la divinidad o la del poeta amoroso un gozoso sentir ante el ser amado o una melancolía ante su ausencia. A mi juicio, la poesía social se caracteriza por ser protestataria (se alza contra unos hechos) y revolucionaria (querría que se transformasen determinadas estructuras). Pero no aporta ni tiene por qué aportar soluciones. En esto difiere de la poesía política, la cual responde a consignas, bien externas al poeta, bien internas y dictadas íntimamente por su propia ideología. El poeta social podrá tener sus ideas políticas, qué duda cabe, pero lo que hace objeto de su canto son los hechos en sí, no las soluciones para corregirlos. La poesía social es una conciencia puesta en pie. Creo que hay mucha confusión en este aspecto, porque también es frecuente confundir la poesía social con la poesía cívica, pero ésta canta unos motivos más bien heroicos y no siempre coincidentes con la situación real de su pueblo. Tampoco son lo mismo la poesía social y una poesía caritativa y de amor al prójimo que reune, evidentemente, emotivas cualidades de sentido humano y fraterno, pero que es más bien de tipo individualista: se apiada de hechos aislados, en tanto que la poesía social asume la situación de una clase, de unos individuos como miembros de esa clase, de esa colectividad.

—¿Y no crees que la poesía social ha sido frustrada por el desvío de ese inmenso auditorio al que va dirigida?

—La poesía social no va dirigida a nadie y va dirigida a todos. La poesía social no se escribe para que la lean especialmente los obreros. Se escribe para despertar una conciencia. A la vez, al escribirla, el poeta cumple un deber moral de no ser cómplice tácito de la injusticia, cuando no respira por la herida de hombre inmerso en una situación. (Porque, evitemos otra confusión, la poesía social no es la didáctica ni la moralizadora.)

—Y los poetas sociales, ¿son sinceros todos? ¿No se tratará en muchos casos de una postura literaria?

—El problema de la sinceridad en arte no es para despacharlo en cuatro palabras. Es imposible que yo resuma en ellas mi opinión, pero suscita un tema que me acucia el deseo de escribir despacio sobre él. Te diré ahora, sin embargo, que ensayes a desplazar la pregunta a cualquier otro campo de la poesía, a ver qué pasa.

—Volvamos a lo de poesía social y poesía política. ¿Se puede escribir poesía social desde posiciones políticas diferentes?

—Se puede escribir poesía social desde cualquier ideología que condene la explotación del hombre por el hombre y que reconozca la igualdad y la libertad como principios. No importa cuáles sean las prácticas que esas ideologías hayan podido poner en juego, porque el terreno de las soluciones excede del ámbito de la poesía. Un poeta social puede escribir desde una ideología marxista o desde un credo cristiano. Pero creo que habría que negar el nombre de poesía social tal como yo la entiendo, a la que se escribiera desde una ideología fascista, porque el fascismo, cuyos regímenes se han ocupado y se ocupan también de problemas sociales, ideológicamente postulan la discriminación y justifican la política de colonialje. Para el fascismo hay razas e clases superiores, y la poesía social defiende, en el más amplio sentido, al hombre único, igual y libre.

—Dime ahora a quién o a quiénes consideras tú como los más importantes poetas sociales de todos los tiempos y cuáles son los antecedentes de la poesía social española.

—Los antecedentes de la actual poesía social son numerosos e importantes. Tendríamos que remontarnos a Hesíodo, a los satíricos latinos o a los "sirventés" medievales de Peire Cardenal. Pero, entre nosotros y sin olvidar al bueno del Arcipreste, recordemos a Quevedo y a los poetas filosóficomorales del XVIII. Y, aproximándonos más, a Espronceda o a Núñez de Arce. Claro que nuestros románticos no dieron una nota como la de Heine, a quien puede llamarse el primer cantor lírico y feroz del proletariado. Pero la actual poesía social es un fenómeno muy de nuestro tiempo y muy de nuestra poesía. Y si reconoce antecedentes en Unamuno y Machado (con Juan Ramón, los tres grandes de la poesía moderna española), quizá pueda decirse que tiene su kilómetro cero, su punto de partida, en la "Elegía cívica" de Rafael Alberti.

—¿Y entre los otros contemporáneos no recogidos en tu antología?

—En mi antología parto de la postguerra española: 1940. Por eso no se incluyen poemas de Miguel Hernández, y la verdad es que si la poesía social española tuviera que ser reducida a un sólo nombre, por su autenticidad sin vuelta de hoja ese nombre sería el de Miguel. Tampoco, por la misma razón, se incluyen poemas de Vicente Aleixandre que, aparte de la función revulsiva y rebelde que el superrealismo supuso y de lo que sería largo hablar ahora, ofrece magníficas muestras en libros como "Historias del corazón" y "En un vasto dominio". Algo semejante, en cierto modo, cabría decir del Dámaso Alonso de "Hijos de la ira" y hasta de la actual poesía muy circunstanciada de Jorge Guillén.

—¿Cuántos son los poetas que antologizas y a cuáles consideras como más significativos?

—He incluído veintisiete. Pero, como todo libro se somete a unas lindes, me vi obligado, con pesar, a prescindir de otros varios. Como significativos, todos los son, aunque no todos, claro es, se hayan dedicado al tema con la misma intensidad ni aun con la misma experiencia (o vivencia, si quieres).

—Dime, por último, si crees que este libro puede contribuir a que se interesen por la poesía, o al menos por la poesía social, grandes sectores de gentes a quienes, por su condición o por su ideología, no les son indiferentes los temas sociales.

—Por tu condición de crítico literario, amigo Jacinto, en todas tus preguntas hay implicados aspectos de trascendental importancia, temas concomitantes que es imposible abordar en una conversación. Ahora surge el problema del interés de las masas por el arte, por la poesía, concretamente. No hay manera de que lo abordemos aquí, ni de paso. Esperemos, simplemente, que el libro pueda descubrir a algún lector que los poetas actuales no se sientan sobre sus poemas como sobre una alfombra mágica para evadirse lindamente, sino que viven con los pies sobre la tierra, pegados a su tiempo y a los problemas de su pueblo. En una palabra: que su reino sí es de este mundo.